

ARTÍCULO

“UNA MANERA DE PONER DISTANCIA [A LA ENFERMEDAD] ES A TRAVÉS DE LA POESÍA, DEL HUMOR, DE LA IMAGINACIÓN”

STEPHANIE LAGARDE [LA CABINA 2017]



Que la vida está llena de imprevistos que nos la complican es algo que sabe todo el mundo con un poco de experiencia. Que esos imprevistos a veces vienen de nosotros mismos y, como es el caso de la película que nos ocupa, de nuestro propio cuerpo, es algo más difícil de asumir, sobre todo si se trata de una enfermedad contra la que no podemos hacer nada aparte de confiar en nuestra suerte. Esto es lo que le sucede a Ethel, protagonista de *Feu mon corps!*, tercer trabajo tras la cámara de la francesa Stephanie Lagarde que podremos ver en *La cabina*. La vida de Ethel se queda en suspenso el día que le diagnostican un tipo de cáncer. Cuando comienza la narración, Ethel ingresa en el hospital para empezar su tratamiento. Arranca así un viaje emocional que pasa por enfrentarse contra el mundo que la rodea y la propia aceptación de la enfermedad. En este viaje le acompaña Elom, un hombre mayor que ella que, aquejado también de un cáncer, le servirá de guía y salvavidas. GERARDO LEÓN

¿Qué te animó o inspiró a hacer una película sobre el cáncer?

Al principio me basé en mi propia experiencia, porque hace ocho años caí enferma. Entonces, cuando entré en ese sistema me di cuenta de que había una vida totalmente distinta de la que hay en el exterior. Y ahí tuve la necesidad de escribir, no

solo por mi enfermedad, sino al ser testigo de la experiencia de otras personas, niños, en algunos casos, y personas de otras edades.



A pesar del drama que tratas, hay mucho humor en tu película. Hay un equilibrio muy delicado entre esos dos extremos. ¿Cómo lo abordaste?

En la vida soy relativamente feliz y trato de superar el drama con humor. Es una energía que me anima a seguir. En mis tres películas hay elementos graves, pero con comedia, porque hay situaciones que vividas en primer grado son insoportables, como pueden ser la muerte o la enfermedad. Entonces, una manera de poner distancia es a través de la poesía, del humor, de la imaginación, como en la película, en la que hay momentos de fuga a través de esas tres vías.

¿Es necesario el humor para enfrentarse a la enfermedad?

La constatación que yo he hecho en las salas de espera, escuchando a estas mujeres que salen en la película, es que muchas se reían de la enfermedad, de la discapacidad y de lo que reciben de su entorno. Entonces, lo que he tratado de distinguir es la visión interior de la enfermedad y la visión exterior de la enfermedad. Lo que pasa es que he querido centrarme en la visión interior, porque la exterior es la que tienen las personas que rodean a los enfermos. ¿Qué sucede? En Francia esto no se lo han tomado bien y me han criticado por ello, por esa manera de interpretar la enfermedad, porque en Francia no se puede poetizar la muerte. Es un problema que tenemos los franceses.



Elom, el hombre que acompaña a Ethel en esta aventura, dice en un momento dado: “los demás tienen miedo de que les contagiemos. Tienen miedo de su propia muerte”. ¿Tenemos miedo de la muerte? ¿Es tu película una forma de comprender o acercarnos a esa muerte?

Todas las personas que han pasado por esta enfermedad me han agradecido esta película, en algunos casos dedicándome palabras muy bellas. Pero, por el contrario, para las personas que acompañan al enfermo, les ha resultado muy difícil. ¿Por qué? Pues porque se han sentido excluidos al enfrentarlos a una realidad difícil que no han aceptado bien. Es por eso por lo que me he apoyado en la mitología, porque este es un camino que los enfermos transitan solos, al fin y al cabo. En ese camino interior del enfermo he tratado al hospital como un personaje más de la trama. He querido darle un peso dentro de la película. El hospital es como ese laberinto del mito del minotauro.

Una de las secuencias más llamativas de la película son las sesiones de terapia. ¿Cómo te planteaste el rodaje? ¿Cómo te documentaste para ello?

No ha sido lo más complicado de la película porque, de hecho, he tomado mucho de la realidad, de lo que escuchaba en los pasillos. En la película hay muchos testimonios de mujeres basados en conversaciones que yo he tenido. Una parte es inventada, por supuesto, pero lo que he intentado es una mezcla lo más equilibrada posible. Lo más importante era, una vez recopilado ese material, hacer lo posible para que resultara natural, para que pareciera espontáneo. Estas escenas de la terapia me han permitido, además, poner en pantalla a un grupo de mujeres de origen social, religioso, muy diferentes. Y lo que ves en esas sesiones es que el vínculo entre todas ellas es la enfermedad. Entonces, ¿qué sucede? Que no hay nada más importante en ese momento vital que la enfermedad, con lo cual muchas cosas del día a día o de quién eres, se caen. El resto no es importante porque hay un vínculo mucho más

grande que todo lo que las separa. Y, además, esa enfermedad compartida les separa del resto del mundo.

A propósito de esto que me cuentas sobre las sesiones, Elom dice que hay que ser comprensivos con los que no están enfermos, pero Ethel dice que le da igual. Parece que no le importa lo que sienten. Es interesante cómo tratas esa otra cara del paciente que, en algún momento, se muestra incluso algo egoísta con los que no son enfermos. ¿Hasta qué punto era necesario para ti tratar esa otra cara de la enfermedad?

Ethel es profundamente europea, es francesa. Entonces, cuando llega al hospital no asume su enfermedad. De hecho, la rechaza completamente. No quiere entrar en esa dinámica, no quiere enfrentarlo, quiere sobrevivir. Y Elom, en cambio, tiene una visión de aceptación de la enfermedad, considera que él ha vivido ya su vida. Ahora bien, dentro de que yo lo que quería mostrar era que no tiene esa visión europea, tampoco quería caricaturizarlo como “el africano”. De modo que traté de darle una dimensión poética. Ella no quiere morir (es más joven que él) y Elom va a ser su guía, su hilo de Ariadna, la persona que le acompañará en esa búsqueda y en ese cambio de punto de vista. Sin esa ayuda de Elom ella es, bueno... un poco gilipollas (risas).



Hay una imagen: la de un río y sus dos orillas que se menciona a lo largo de toda la película. ¿Qué significa para ti y en la película?

Lo que me interesaba expresar, a medida que avanza la película, es cómo los personajes se van distanciando de la realidad. Está el caso de Elom, para el que no existe el hospital. De hecho, él habla de un barco en el que a un lado están los muertos y al otro lado están los vivos y tienes que optar por uno de los dos lados. Lo que yo sentí y lo que sienten los enfermos es que, cuando vas al hospital y cuando te sometes a tratamiento, pierdes la noción del tiempo y llega un momento en el que estás entre dos mundos, el mundo de los vivos, que visitas de vez en cuando, y el de los muertos, que está presente todo el tiempo. Lo que yo quería era distinguir dos

niveles. Uno era el camino interno, el hospital, esa imagen mitológica del laberinto. Y el otro es esas dos revieras.

En la película parece que hay una crítica al sistema sanitario francés, a su burocracia y a la forma que tiene de tratar a los pacientes. Háblanos de ello.

Bueno, no hay exactamente una crítica al hospital. Lo que a mí más me interesaba era la visión del enfermo. En el caso de Ethel, al principio lo pasa mal con el papeleo, los códigos de barras, el sistema le parece muy sorprendente, pero no era mi intención hacer una crítica. De hecho, hay un momento en el que se crea un vínculo con la mujer que hay detrás del mostrador, llegan incluso a ser amigas. Lo que yo quería era transmitir esa soledad que ella siente frente a todo eso que, además, es nuevo para ella y que rechaza.



Tú misma interpretas el papel protagonista de la historia. ¿Cómo fue construir este personaje tan lleno de matices y con tantos cambios de carácter?

Pues al principio yo no quería ser la protagonista. Yo quería que fuera una actriz más joven. Pero la directora de casting me insistió mucho. Antes pasé por los ensayos para comprobar si era capaz de hacer el papel. Entonces descubrí que tenía muy buena complicidad con Habib Dembélé, el actor que interpreta a Elom. Al final, he llegado a la conclusión de que era mejor que no fuera una chica joven porque, en ese caso, podría haber dado lugar a un malentendido en la relación que tiene con Elom. En cambio, así se plantea como una amistad romántica, más natural, sin segundas lecturas. Por otro lado, a la hora de interpretar mi papel, estaba tan detalladamente escrito que había una gran armonía entre la escena y la escritura. De hecho, yo conocía tan bien a mi personaje que interpretarlo ha sido más fácil que dirigir la película.

En tu película mezclas la ficción convencional con recursos más próximos al video-arte, la danza y la performance. ¿Cómo te planteaste todos estos elementos para armonizarlos?

Bueno, ha sido muy intuitivo. De hecho, ha habido momentos, como es el caso de las secuencias de la danza butho, en la que tenía detrás a la productora diciéndome, ¡no, no, no! (risas) Pero para mí era muy importante. Al final del laberinto está el minotauro, pero ese laberinto no es exterior, está dentro de ella. Es un reencuentro también con su parte animal, con su instinto de supervivencia. Yo me nutrí de esas situaciones reales, pero finalmente decidí expresarlas en una danza que es una plasmación de esas sensaciones que ella siente, porque su proceso no es tanto racional como una correlación de emociones. Yo sé que es una escena complicada, que la amas o la odias, pero yo quería experimentar. Es en el corto y en el mediometraje donde se da la posibilidad de hacer cosas diferentes, explorar. Hay otra escena, en la que Ethel acaban de despertar de la anestesia, que hice yo sola en mi casa. Al principio no me convenció y puse también a mi hija. Si por mí fuera yo rodaría las cosas por mí misma, sin dinero, pero bueno, está claro que en esto es necesario trabajar en compañía de otros. (risas)

“Oigo el mundo tal como debería ser”, escucha Ethel en otra de las secuencias. ¿Qué quieres decir con esta frase?

En ese paseo entre las sábanas tras la operación y en el que le han dicho que no va a poder ser madre y que está mutilada, ella escucha una voz de mujer que le dice cómo podría haber sido su vida, el hecho de haber podido tener hijos. “Yo veo la vida tal como debería haber sido”, esa es la frase. Al principio yo quería proyectar sombras sobre las sábanas. En principio yo quería aquí involucrar a la vista, pero acabó siendo el oído porque tenía poco tiempo, tenía poco dinero y lo resolví de forma más sencilla, escuchando voces de mujer que le dicen cómo debía haber sido su vida. Hay un abandono. Hay un viaje personal. Ella atraviesa ese camino de sábanas y llega a la aceptación de que su vida va a ser esa.

Solo en La cabina.